

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LA HISTORIA:
LOS RELATOS BEST SELLERS DE NUESTRO TIEMPO

POR

FRANCINE MASIELLO
University of California at Berkeley

El mercado de fines del siglo XX es tan “democrático”
como la muerte. David Viñas

En *Santa Evita* (1995), la novela best seller del escritor argentino Tomás Eloy Martínez, diferentes personajes —desde militares necrófilos hasta apasionados líderes políticos— compiten por el cuerpo de Eva Perón. El cadáver femenino corporiza el propio flujo narrativo en sus obsesiones múltiples con la historia y el destino nacional. Además, como consecuencia de los constantes propósitos siniestros de estos personajes que simulan, al mismo tiempo, proteger al cadáver, el cuerpo de Evita comienza a reproducirse indiscriminadamente, de tal modo que sólo algunos pocos pueden distinguir el original de sus distintos simulacros. Y Eloy Martínez, al tiempo que sigue un alucinado relato posmoderno en donde se producen constantes desplazamientos y fluctuaciones de sentidos, sitúa su posicionalidad narrativa como periodista y cuentista en un espacio indeterminado de las afueras de Nueva Jersey.

El modo en que el escritor ha organizado su material novelístico me resulta verdaderamente fascinante. No solamente por su estilo tan atractivo —es necesario recordar que fue best seller por más de un año— sino, especialmente, por los diferentes tratamientos que los cuerpos femeninos reciben en esta narrativa pseudohistórica. Es que justamente *Santa Evita* registra un acontecimiento particularmente paradójico de la historia argentina: el momento en que la pasión nacional por el cuerpo de Eva, lo cual era un hecho constatable, aparece como un fenómeno aun más extraño que la propia ficción. De modo contradictorio, la imagen ambigua de una Eva ambiciosa que no ceja en su arribismo social, es tanto aborrecida como celebrada; una figura que es endiosada por las masas o considerada como el paradigma de lo “mersa” por los sectores conservadores de la sociedad. Evita, entonces, se convierte en el símbolo de una ansiedad nacional que comprende —de modo conflictivo— a los diversos sectores sociales. El cadáver, a la vez convencional y subversivo, funciona desde la “frase hecha”, un cliché de la vida social que define tanto a la protagonista, cuya inmovilidad se expresa en la imagen gélida de Eva, como al discurso político, también congelado en el alma de la nación. Pero, mientras tanto, el cadáver va trazando su definición en el devenir constante del fluir narrativo. Así, el espectáculo y la copia generan una reproducción infinita de textos que profanan todo sentido de la historia nacional. La novela,

al igual que las postales turísticas y las remeras adornadas con las imágenes de héroes populares, subraya el peso de un ícono cuya celebridad, paradójicamente, perdura aún después de que su ciclo de vida ha terminado. Incluso, más importante todavía, dicha imagen de Eva ingresa en el circuito del intercambio comercial del mismo modo que una mercancía. De este modo, el mercado, en tanto instancia en donde se producen tales transacciones, se convierte en uno de los temas de la novela de Eloy Martínez, quien enfatiza la reproducción material de los signos (la reproducción del cadáver y los textos que éste, a su vez, genera) destinados al consumo masmediático. Irónicamente, Evita, quien fuera la gran consumidora del mercado de sus días, es reducida en este texto a un talismán, a un símbolo cultural que es entregado al intercambio económico. En este proceso, el escritor se designa a sí mismo como el principal beneficiario de este sistema dual de representación, identificando su libertad de movimiento en contraposición a la parálisis de Evita en tanto cadáver.¹ En mi trabajo, entonces, me propongo analizar las relaciones entre el género y el mercado, los cuerpos femeninos y la ficción, las identidades nacionales y la globalización.

En las páginas que siguen, quiero señalar las distintas formas en que los textos de ficción best seller producidos en América Latina circulan por el escenario Norte/Sur y funcionan ideológicamente entre los consumidores locales. Si por un lado es conveniente condenar la cultura de lectura superficial que tales productos best sellers a menudo producen, por el otro es necesario también considerar que estos mismos textos ofrecen a un público amplio la posibilidad de habilitarse como lectores. En este sentido, me interesa observar, en particular, cómo las cuestiones del género ingresan al circuito de lectura proveyendo una suerte de articulación dentro de las redes globales de entendimiento, construyendo una ilusión de permanencia, un nuevo *ready made* de sentimientos en nuestra aproximación global a la experiencia humana, al mismo tiempo que se les hace creer a los lectores en su poder de elección. En lo que sigue reformularé el problema a analizar. Por un lado, entonces, permanece la circulación del discurso best seller y su efecto aplanador sobre nuestra crítica de la historia; pero, por el otro, surgen las preguntas: ¿Por qué el texto best seller nos arrastra tan seductoramente por el circuito Norte/Sur, empujándonos a reconfigurar la cultura local a través del marco internacional? ¿Cómo dicho discurso logra suplir las necesidades y deseos del mercado a través de la representación del género? Por último, como una estrategia transnacional, ¿cómo él crea la ilusión de que todos somos participantes en el sistema de intercambio de bienes culturales (el libro, en este caso) y del mercado? ¿Y qué significa esto para nosotros en tanto profesionales de la crítica?

En primer lugar, plantearé nuevamente algunas cuestiones. No se trata de afirmar que el best seller es un hecho especialmente novedoso, aunque actualmente pueda ser considerado como un fenómeno cultural primario perteneciente a la globalización. Por el contrario, pensemos en ejemplos más tempranos, como el del éxito de Martínez Zuviría, conocido como Hugo Wast, un antisemita famoso y director de la Biblioteca Nacional en Argentina. Dicho personaje publicó novelas que fueron best sellers en los años '20, una época en que la interpelación nacionalista encontraba eco en la población de todo el mundo; su obra circuló en cientos de miles de ejemplares a través de América Latina y España, e incluso en

¹ Graciela Michelotti-Cristóbal señala este mismo aspecto al analizar *Santa Evita*: “el único personaje que se mantiene activo y lúcido es el narrador” (1998: 141).

traducciones a lenguas extranjeras. En sus textos se dramatiza el melodrama interamericano que suscitó el recrudescimiento del nacionalismo jingoísta; novelas de aventuras en las que se expresa la promesa del progreso futuro de la sociedad a través de la supresión de las fuerzas disonantes y el control de las acciones femeninas. Éste, tal vez, es el modelo temprano del best seller en tanto expresión de tendencias conservadoras.

Más recientemente, los mercados editoriales internacionales organizaron la circulación de los textos ficcionales identificados con el boom literario de la izquierda liberal de los años '60. Empresas tales como Seix Barral y Joaquín Mortiz crearon una economía de celebridades literarias —a la cual Jean Franco alguna vez se refirió como el fenómeno de las “super estrellas”— y, de ese modo, se permitió la circulación internacional de imágenes ligadas a una América Latina remota y exuberante; como también la repetición del modelo de civilización y barbarie, revividos a menudo a través de los efectos del realismo mágico, de las intuiciones de las matriarcas, y de las fantasías libidinales de las jóvenes inocentes.

Sin embargo, lo que entonces existió, y en contradicción con nuestros tiempos neoliberales, fue una fe (¿masculina?) en la difusión de la realidad latinoamericana y en un despertar político de la identidad regional. Julio Cortázar, en respuesta a aquellos críticos que sólo señalaron el aspecto mercantil del boom, afirmó con vehemencia: “¿Qué es el boom sino la más extraordinaria toma de conciencia por parte del pueblo latinoamericano de una parte de su propia identidad? ¿Qué es esa toma de conciencia sino una importantísima parte de la desalienación?” (Rama 61). David Viñas, a su vez, menos idealista que su compatriota, insistió, no obstante, en la urgencia de una misión histórica asociada con el boom literario que pondría en evidencia las fallas y defectos de la historia latinoamericana (21). De este modo, la literatura fue concebida como una forma de lograr la unidad del pueblo latinoamericano y de forzar una crisis de conciencia, cuestión que marcará la década de los '60. Pero, más allá de la divulgación de una especificidad de lo exótico latinoamericano o del negocio de lo novedoso (todos recordamos “la nueva novela latinoamericana” seguida, por supuesto, por el subsecuente ascenso de “los novísimos” o la reivindicación de José Donoso de que una docena de novelas eran capaz de llenar “un espacio antes desierto” (21)), el boom también dirigió una crítica al capital de consumos y a las fallas, aún vivas, de la historia colonial y neocolonial. En sus estructuras, encontramos un campo representacional que resiste la narración lineal y provee un marco utópico desde donde celebrar las revoluciones americanas. Al mismo tiempo, el boom permitió a los escritores una cierta autonomía (o al menos así parecía); una libertad respecto de los sistemas locales de patrocinio exiguo que los había mantenido cautivos hasta entonces (Rama 92). El boom les permite convertirse en emblemas de exitosos nacionalistas; individuos que podrían representar una América Latina al corriente de la modernización y entrar, así, a través de la producción de obras novedosas, a un sistema de remuneración.

No pretendo retornar a la literatura del boom en ninguna forma celebratoria, pero sí recordar que el escenario mercantil actual para la literatura no es nuevo. Incluso, así como “el producto” Andy Warhol inauguró un nuevo tejido comercial en el área de las artes visuales, el boom latinoamericano, ocurrido en la misma década, impulsó a los escritores innovadores a una fase multinacional de traducción y distribución de textos, que los condujo a nuevos modos de competencia en los mercados a través de las Américas y el extranjero. A pesar de la riqueza de los textos literarios de aquellos años, este modelo de mercado

produjo, también, para los propósitos de la sociedad de consumo, una unificación paradójica y superficial de textos literarios muy diversos. De este modo, una curiosa homogeneidad de la producción cultural se usó para globalizar la escritura latinoamericana.² A pesar de ello, las diferentes perspectivas en relación al mismo fenómeno literario pueden ser de utilidad para anticipar y observar los éxitos de la lógica best seller en los tiempos actuales. En este sentido, podemos decir que si en los años '60 la literatura recibe su reconocimiento a través del premio otorgado por Casa de las Américas, hoy en día son las editoriales como Planeta y Alfaguara las que promueven una difusión internacional. El paradigma neoliberal se aleja de una política ostensible y, en su lugar, muestra la importancia de la experiencia global sobre las manifestaciones de la cultura local. Se observa, entonces, en dicho proceso, que en los lugares más diversos del planeta existe una fuerte inquietud por alcanzar el reconocimiento del mercado. El impacto de dichos fenómenos ha sido señalado por los suplementos culturales de los últimos años. En una nota editorial del diario *Clarín*, por ejemplo, Marcelo Pichón Riviere advierte sobre la adquisición de Sudamericana por parte de Bertelsmann, una empresa alemana. En dicha nota se dice que las novelas argentinas a publicarse bajo esta firma multinacional deben garantizar, según estipulan sus nuevos dueños, un venta mínima de 5.000 ejemplares para poder ingresar a sus listas (Buenos Aires, 17 de mayo de 1998: 2). En el mismo número, otros colaboradores reflexionan sobre la contracción de los espacios públicos destinados a la expresión artística, lamentando la ausencia de una infraestructura tal como la del Centro Di Tella, que tanto estimulara en su momento las fuerzas creadoras de los años '60. Además, aparecen también en el mismo número de *Clarín* un artículo de Pierre Bourdieu sobre las políticas del mercado y sus efectos sobre la producción artística y un ensayo sobre el lanzamiento de una novela (*Los Soria* de Alberto Laiseca), sostenida exclusivamente en el respaldo de sus espónsores. En los meses siguientes, *Clarín* continúa expresando las mismas inquietudes en relación a las ventas, la circulación y el prestigio. Es así que anuncia la inauguración de un premio literario de \$ 50.000, publicita la lista de ganadores del premio Planeta, da a conocer la lista de los favorecidos por las becas Guggengheim en el área latinoamericana, y anuncia las estrategias de *marketing* de la editorial italiana, Mondadori, que presenta las formas en que se puede atraer a los adolescentes al mundo libresco (Buenos Aires, 21 de junio de 1998). Y, en agosto de ese mismo año, en una nota de tapa se señala la declinación de las ventas de los libros consagrados a revelar los hechos acaecidos durante la época de la última dictadura militar. Estas últimas obras, que fueron ampliamente leídas durante los inicios del gobierno menemista, al final de la era del presidente peronista apenas atraen a un grupo de lectores (Buenos Aires, 23 de agosto de 1998: 4-7). También en ese mismo número, *Clarín* revela la nueva estrategia de publicidad inaugurada en los Estados Unidos, que consiste en reinsertar los libros agotados dentro del circuito comercial afuera de impresión a través de los métodos novedosos y veloces de la impresión digital. Mientras tanto, Daniel Divinsky, colaborador del diario, atento al mercado estadounidense y a sus relaciones con la prensa latinoamericana, reflexiona acerca de la compra de Simon y Schuster realizada por Pearson:

² Al respecto Ángel Rama resaltó: “[s]u afán de globalizar a Hispanoamérica reconociendo materiales de distintas procedencias, los que a veces carecían de circulación interna en el continente, proporcionándoles así una difusión que más que para España misma funcionaba para Hispanoamérica que recibía reunidas, desde el exterior, las que eran producciones separadas e incomunicadas” (52).

sobre las operaciones hechas con Macmillan por Murdoch; y, finalmente, en cómo dichas acciones repercuten sobre las políticas editoriales en la Argentina. De modo similar, en el periódico chileno *Cultura* (octubre, 1996: 3), los editores subrayan la circulación de textos nacionales en el extranjero y las formas posibles de delimitar espacios para las nuevas generaciones de escritores. Junto con ello, encontramos los *talk shows* como el programa de Skármeta en la televisión chilena, en el que se promete lanzar nuevos títulos como también se le propone a la audiencia participar en la conformación de las listas de los libros más vendidos (best sellers). Como sabemos en los Estados Unidos por la evidencia de las listas publicitadas por Random House, los rankings nos invitan en tanto que lectores a ser observadores y participantes al mismo tiempo; el sistema nos permite votar por nuestro libro preferido y recibir una validación por nuestras elecciones. Como un crítico observó, tal vez, la lista de best sellers nos permite encontrar alianzas entre consumidores, mentalidades similares: ¿soy acaso aceptado en la medida de que mi elección de lectura se ajusta al mejor libro en una lista popular? Éstas son, en fin, formas de lectura pública que nos permiten, como lectores, ser, simultáneamente jueces y participantes; lo que lleva a establecer una comunidad de lectores imaginarios de libros que tiene resonancias en los propios mecanismos del mercado.

Han pasado ya dos años desde las notas mencionadas del *Clarín* pero la atención brindada por parte de los suplementos culturales a los hechos antes mencionados no ha variado. El diario *La Nación*, por ejemplo, ha publicado un número especial sobre literatura y mercado (Buenos Aires, 14 de junio de 2000), en el cual se interroga a intelectuales prominentes de la escena nacional acerca de por qué la literatura ha fracasado en conquistar lectores. Beatriz Sarlo, una de las críticas entrevistadas, se lamenta: “Más allá del círculo de mil lectores iniciados, el público no ve la literatura como un espacio de experimentación ideológica o estética [...] Al parecer, no se lee la ficción que se aparta de los ‘grandes temas’” (14 de junio de 2000). A continuación, Sarlo observa que si existen responsabilidades que deben ser asignadas, es en el impulso homogeneizador de la prensa cultural que debería pensarse, puesto que, con el fin de promocionar las ventas, se allana toda particularidad entre los libros. Otros críticos, a su vez, se preguntan si el fenómeno best seller no es, de hecho, un mito; después de todo, incluso con la existencia de premios considerables tales como los otorgados por *Clarín* y *La Nación*, los escritores locales excepcionalmente forman parte del panteón de los best sellers. Como Isidoro Blaisten plantea, quizás “el lector no ha muerto, está enfermo de marketing” (Buenos Aires, 14 de junio de 2000). Es por ello que, con razón —y éste parece ser el tema de la década—, algunos escritores están obsesionados con la consolidación de un canon global en la medida en que éste promete nuevas formas de aceptación pública y expectativas de ventas.

DEL “BOOM” AL “CRASH”

El intercambio de textos al servicio de la ganancia genera una clara inquietud entre escritores y agentes. Al mismo tiempo, la estética posmoderna altera los paradigmas del arte literario. De allí que los textos autorreferenciales que en los '60 formulaban una escritura alegórica sean reemplazados en la actualidad por historias en las que se despliegan infinitos

simulacros. Dicha cuestión, entonces, nos conduce a reflexionar sobre los problemas de la autoridad narrativa y el poder del escritor, al mismo tiempo que las propias ficciones indagan en su interior sobre la autenticidad de los objetos que nos rodean. En general, estas prácticas narrativas son generadas a partir de los cuerpos femeninos. El cadáver congelado de Evita reproducido en múltiples copias pone en evidencia dicho fenómeno, pero también lo hacen el cuerpo agonizante de la hija de Isabel Allende en su best seller *Paula* y la historia sobre el clítoris escrita por Fernando de Andahazi en *El anatomista*. Pululan, así, imágenes de mujeres fracasadas, planos de partes de cuerpos fragmentados, estudios detallados sobre el deseo sexual femenino captado por la mirada de un antropólogo. En estas obras, el tratamiento que reciben las mujeres consiste en convertirlas literalmente en objetos, en aislarlas parcelándolas; sin vida y más allá de todo compromiso. Si bien en la escritura de los '60 las mujeres fueron inicialmente representativas de la permanencia de una cultura matriarcal ligada a las raíces de la nación, actualmente ellas aparecen plasmadas como objetos petrificados, a menudo necesitadas de asistencia. De este modo, Úrsula y La Maga son reemplazadas por figuras de cartón: indefensas, débiles y dependientes. Estos nuevos personajes deben contar con una brigada de lectores internacionales para ser revividos, insuflándoles vida dentro de sus cuerpos enfermizos. Al mismo tiempo, escritores tales como David Viñas, Hugo Achugar, Charlie Feiling y Sergio Chejfec asumen seudónimos femeninos como una manera de burlarse de los conceptos rígidos de las identidades del género sexual. De alguna forma, entonces, la crisis del feminismo es articulada a través de la ficción; el asesinato de mujeres o la apropiación e intercambio de sus voces y cuerpos domina la forma literaria. Ellas ingresan a la ficción como piezas claves, vacías de significantes pero con la habilidad de unir lo particular y lo universal en un universo de significados.

El cadáver, plantea Nicolás Rosa (2), es notable porque expresa una instancia de transición: el flujo entre la vida y el espíritu, entre la dimensión mundana y el más allá. Es la pura materia inerte pero, también, la corporización del movimiento. Esta doble acción cimentada sobre la representación del éxtasis puede ser rastreada en la descripción de las mujeres en los textos de la literatura latinoamericana. Moviéndose entre los escenarios internacionales de publicidad y las estrategias de *marketing*, la representación globalizada de lo femenino convoca tanto a rescatar lo esencialmente auténtico como, también, el encanto femenino universal que produce una identificación ampliamente extendida. Estas imágenes, que condensan un espacio global, vulnerando nuestros sentimientos como lectores, al mismo tiempo marcan una distancia antropológica que separa al sujeto lector de su objeto. No enfrentamos aquí el equivalente a una repetición del paradigma civilización y barbarie, en el cual Europa y Estados Unidos se mantienen como el espíritu de la luz, mientras América Latina es considerada un cuerpo enfermo (véase Hernán Vidal, *Literatura hispanoamericana*). Se trata, más bien, de observar cómo la representación de las mujeres latinoamericanas en los textos de ficción permiten una transnacionalización de un sujeto particular a través del cual los lectores, conducidos internacionalmente de Norte a Sur, pueden participar como iguales en la determinación de cuestiones de valor, sean excluidos o aliados incondicionales de la prosperidad de los avances cosmopolitas. De este modo, el género en la literatura en América Latina se convierte en una pieza de cambio para entrar al juego del consenso global.

EL MERCADO NEOLIBERAL

Podemos afirmar, entonces, que bajo el neoliberalismo las identidades se mercantilizan, acompañadas por una fuerza global que coloca los nombres y los deseos bajo el escrutinio del mercado. Este fenómeno coincide también con el intento, iniciado durante el retorno a las tradiciones democráticas, de crear un umbral mínimo de consenso en el cual las bases ideológicas y materiales de análisis individuales han sido reducidas considerablemente.

No se intenta aquí plantear un retorno, iniciado por muchos, a lo que se considera como la era del desvanecimiento de la historia o, como postulara Francis Fukuyama, del “fin de la historia”. Por el contrario, me interesa observar los modos en que la lógica del best seller, distiende y comprime, a la vez, el tiempo y el espacio, permitiéndonos una curiosa percepción de la “diferencia”. Es decir, de las formas alternativas en que uno se percibe y percibe a los otros, creando finalmente —en contra de los postulados posmodernos—, la ilusión reconfortante de retornar como sujetos de la historia. En otras palabras, mi foco de interés reside en ver de qué manera somos capaces de mantener nexos identificatorios y de rebasar, a través del circuito de los best sellers, nuestros propios juicios sobre la cultura política que impera actualmente. Podemos decir, en este sentido, que el best seller de los ‘90 crea nuevas versiones de las relaciones cruzadas entre la lógica local y la global; en él se contrae y distiende el realismo espacial mientras se comprime el orden lineal (Jameson 22). Esto se representa en torno a la identificación de la diferencia y de nuestra sensación de que deberíamos controlarla. Sin embargo, la vanguardia, paradójicamente, reclama para sí la misma configuración alrededor de los márgenes, cuestión que, como vimos, es de la que se alimenta el mercado del best seller. El problema de la “diferencia”, entonces, emerge desde ámbitos extremadamente diferentes. Debemos tener en cuenta que, en el campo de la teoría, críticos recientes, ávidos por escapar de los relatos macrohistóricos, han convertido al fragmento en el receptáculo de una fuerza redentora. De este modo, han privilegiado el microespacio (Foucault, Deleuze, Perlongher), el “entrelugar” (Bhabha, Silviano Santiago), o lo residual y fragmentario (Hugo Achugar, Nelly Richard). Éstos han celebrado el espacio intersticial o la disyunción (Appadurai, Hopenhayn), o han vuelto su mirada a los poderes de los sujetos ingobernables (el grupo de los estudios subalternos en India y América Latina trabajando bajo la misma denominación en los Estados Unidos). A través de estas imágenes, los críticos buscan hurgar en el potencial contra-hegemónico de las fuerzas de oposición, absorbiendo desde abajo la expectativa de la revuelta para alterar los discursos monolíticos que dominan en este fin de siglo. La aporía o lo “micro”, lo residual o el margen, expresan una subversión de los discursos rígidamente codificados, una especie de “agujero negro” que exhorta a los espectadores y lectores. Y que, al mismo tiempo, avala nuestro poder para recomponer los fragmentos a través de la práctica de la sutura y nos impulsa a ejercer nuestra capacidad de intérpretes. Es decir, en la medida en que reconozcamos el poder que deviene de los márgenes, también aceptaremos nuestro propio poder como lectores.

Hasta ahora, como intelectuales progresistas hemos reconocido a éste —el margen— como el espacio para la batalla y el compromiso, pero la lógica del best seller pone en evidencia otro terreno en el cual estos mismos instrumentos de trabajo pueden ser usados. En efecto, el best seller también explota el modo espacial, pero en lugar de convertir a las

identidades en un recurso de resistencia, se ubica en el espacio indeterminado entre un exceso innombrable y los límites enmarcados de la diferencia. Su textualidad reclama un más allá de lo particular; uniendo las tensiones producidas por el devenir del movimiento y su inversión en el éxtasis, se produce, no obstante, una lógica totalizadora. Es decir, el best seller enlaza las visiones locales y globales; él toca nuestros rasgos humanos en la aldea global y golpea sobre nuestras necesidades de un enlace comunitario. Al igual que la democracia en tanto mercancía, el best seller ofrece la ilusión de la elección. Nosotros, como consumidores, estamos invitados a degustar su oferta de sabores y estilos, y a crearnos una apreciación completa. Al final, la singularidad es un tejido hecho de filamentos de la “diferencia” que enlaza sujetos populares con lectores metropolitanos.

UN PROCESO QUE EMERGE POR ETAPAS

Si la novela del boom enfatizaba la exuberancia exótica de América Latina, y mantenía a raya al lector curioso extranjero de los dramas amorosos a distancia, en la actualidad los textos que activamente circulan por el espacio internacional permiten que reconozcamos en la diferencia respecto de los otros nuestra propia dispersión epistemológica. Insertados en la arena global, la obra extranjera invita todavía a una fetichización sobre la diferencia; ella puede producir lo que Balibar alguna vez denominó un “neo-racismo transnacional” (20) que ve como insuperable toda diferencia. Pero, también, ésta puede crear la ilusión de una conexión con el sentido reprimido de la acción popular.³ En fin, la misma puede permitirnos resituar la diferencia en el terreno del destino y desplazarnos hacia un campo único de la imaginación.⁴

Al mismo tiempo, esta especie de promoción de la diferencia sigue siendo una estrategia de venta de libros comercializados masivamente que sustentan, simultáneamente, categorías de semejanza y particularidad. Pero también nos plantea un rol dentro de nuestra inserción general en el diálogo entre las Américas y nos potencia como actores a través de la doble fantasía de la identificación y el desplazamiento. Si bien puede ocurrir, como muchos han planteado, que como consumidores en el contexto global nos convirtamos en fetiches, al mismo tiempo estamos siendo afectados por la ilusión de que podemos actuar sobre situaciones localizadas en cualquier punto del planeta. El compromiso nos permite una ubicación fija en el espacio, así como una entrada a las esferas de experiencias compartidas, reintegrándonos como partícipes de una cierta comunidad que puede resistir en un espacio de diferencia. En relación al éxito del mercado, Milagros Mata Gil plantea:

³ Carlos Rincón adopta otra perspectiva sobre este tema analizando el traspaso de relatos desde la periferia hacia la periferia para explicar la competencia cultural. Fenómeno que también amplía la gama de ilusiones que entrelazan a miembros de comunidades periféricas en acción.

⁴ Cuando Appadurai plantea “resituar la diferencia” (“Disjuncture and Difference”) señala los modos en los que las divisiones de lo global y lo local se muestran en un único núcleo territorial. En mi caso, utilizo el mismo término para alegar que los textos culturales de masas, mientras señalan diferencias foráneas en otros lugares, también invitan a los lectores a reflexionar sobre las diferencias internas domésticas.

Asumiendo que América Latina es una región, de manera tal que, aunque en el conjunto existen sub-regiones, éstas poseen nexos y relaciones que permiten asumir la existencia de un conjunto mayor [...] afronta [...] la eventualidad de darle más vigor al mercado ya instaurado o a la constitución de uno. Para que se cumpla su esencia, que es el intercambio, es indispensable que entren en juego mercancías que sean valores de uso. Estos, remiten a necesidades y maneras de satisfacerlas. Cuando los valores de uso constituyen un sistema, éste es, como en literatura, de diferencias y equivalencias, pues el mercado se realiza en el juego dialéctico de esos factores [...] el mercado tiende a alterar el orden establecido y encaminar a los participantes hacia la complementación de los intereses comunes. (104)

De esta manera, la literatura adquiere un atributo social; necesidad y unidad cruzan al best seller a través de una gama de intereses mercantiles. Sin embargo, surge una segunda advertencia: lo que constituye “meramente” un best seller no debe ser meramente desestimado. De hecho, la imaginación simbólica en estos textos juega el rol de regularizar un nuevo orden de sentido común.⁵

En la medida en que una nueva conexión global se establece por medio de la unidad entre sectores periféricos y metropolitanos, la cuestión del género juega un papel significativo. En general, las mujeres representan un campo delimitado: “las mujeres escritoras”, que comienzan a ser una mercancía altamente vendible circulando como un signo del pluralismo, enlazando la esfera íntima a través del globo y suministrando imágenes reflejas a lectores distantes. Así, cuando las novelas de Cristina García alcanzan las listas de best seller en el Cono Sur, ello permite que los lectores puedan echar una mirada sobre la vida latina local en la metrópolis yanki. Las mujeres y las minorías llevan la carta de triunfo en esta clase de circulación ficcional, una legitimación de un discurso contestatario y un punto de entrada a la resistencia, aun dentro del consenso global.

Dentro de este contexto, entonces, no es sorprendente que la forma que domina sea la de la memoria. Así, dándole un cierto toque a la narrativa llana del realismo —que presupone el control de todo exceso o fantasía—, esta práctica de la escritura memorística pretende, ingenuamente, hacer coincidir el fluir de la historia con las propias elecciones subjetivas. Esta forma del género literario presupone que para abordar las tensiones de las zonas de contacto entre memoria y representación no se necesita ninguna información adicional. De este modo, se sitúa un sujeto psicológico dentro del campo de la historia tornándose disponible a todos los lectores. Así, cuerpos y sentimientos organizan la historia y aportan una teleología que enlaza a los individuos y a las familias con las políticas más amplias de la esfera nacional e internacional. Estas prácticas representacionales ejemplifican una tendencia contemporánea de la intervención individual en los fracasos de la historia reciente, un camino de revertir el curso del tiempo, de comprimir los desvíos a través de la pluma, más allá de alertar a los lectores sobre los aspectos de la historia con la cual han estado profundamente familiarizados. Como señaláramos anteriormente, esta lectura productiva por medio de la cual los lectores modifican el curso de los acontecimientos históricos crea la ilusión de ser partícipes activos de la política contemporánea a través del buceo de cierta información clandestina en donde se pone en evidencia la vulnerabilidad de la ley y las

⁵ En este punto amplío la discusión de Judith Butler en su ensayo “Merely Cultural” (1997).

constantes violaciones de la justicia.⁶ De este modo, somos convocados en tanto lectores a una intervención en la que estamos en condiciones de expresar nuestras elecciones y denuncias a través de los datos descubiertos y puestos en circulación. En una época en la que, cada vez más, se determina la participación ciudadana en la vida política y civil, el best seller ofrece la posibilidad de la intervención; así, nuestra *acción* es, en consecuencia, afirmada.

A menudo, el best seller escrito por mujeres brinda la ilusión de explorar profundamente en los orígenes, enlazando la domesticidad individual con la agenda transnacional. Éste es precisamente el caso de la novela de Isabel Allende *Afrodita* —un recetario de cocina unido a la memoria familiar—, en el cual se exhiben no sólo las recetas de la madre de la autora chilena, sino también las de Carmen Balcells, su representante literaria en España. Este libro es una variante de los manuales de auto-ayuda, a través del cual se auxilia a las mujeres de la casa en sus planes para las aventuras amorosas (no importa que estén en Barcelona, Santiago de Chile o en San Francisco de California). Al mismo tiempo, es un texto que se cimienta en el reconocimiento de la vida ordinaria, una homogeneidad de sentimientos y deseos que prometen una cierta afinidad entre mujeres dentro de la aldea global. Por supuesto, estos nexos se establecen a través del alimento y el cuidado del cuerpo. Aunque en esta novela no es un cadáver el que se yergue ante nosotros —despertar la eroticidad dormida del cuerpo, podría decirse, no es para nada eso—, sin embargo, desde la perspectiva de Allende, la nutrición y el fortalecimiento constituyen una forma inerte de demanda. El cuerpo, entonces, se convierte en un recipiente que debe moldearse de acuerdo a los significados vertidos por la escritora; depende del sustento provisto para asumir una nueva vida dentro del texto. Así, el manual de auto-ayuda es una forma de inocular vida al cadáver; semejante al relato de “Blancanieves”, *Afrodita* anima al cuerpo agonizante que yace pasivamente esperando ser asistido. Si como lectores y autores despertamos a la acción, es la especie humana la que está representada sobre el cuerpo enfermizo de ese otro elegido al azar.

El libro de Allende tiene como foco de interés el nuevo orden económico cultural en donde la dimensión íntima es su punto de partida. Claro que aquí dicha intimidad es disciplinada, encasillada a partir de los parámetros y hábitos de la familia, de los modos domésticos de estructurar el tiempo y la periodicidad global. Aun el hedonismo, parece decirnos la autora, necesita ser disciplinado; el consumo, por lo tanto, es una actividad civilizada que no puede tomarse como algo dado. De este modo, y lo que es más importante, esta nueva forma de historización coloca al *cuerpo* como agente principal. Es precisamente esta interioridad de la obra que se proyecta hacia lo global lo que me resulta sumamente interesante. A través de este procedimiento, el best seller enlaza distintas esferas sociales, provocando pactos de reconocimiento. Y, generalmente, al mismo tiempo que echa las

⁶ Sobre el apetito público por los escándalos de la política actual, ver Marcos Meyer, “La crisis del libro periodístico” (*Clarín* 23 de agosto de 1998), donde varios comentaristas llaman la atención sobre la atracción de los *best sellers* dedicados a revelaciones políticas. Meyer menciona, por ejemplo, *Nunca Más*, el *best seller* de la época de Alfonsín, de los cuales se vendieron 206.038 ejemplares en la Argentina, o el libro de Kirschenbaum, *Malvinas, la trama secreta*, que fue un texto fundacional en su género.

bases para que emerja una nostalgia compartida, provee la ilusión de acción y dominio.⁷ Pero, también necesita del reconocimiento de una ley, ya sea la que deviene del estado o la que se hereda de la familia o del clan.

Respecto a este doble sentido de la historia, Appadurai plantea algunas cuestiones que pueden iluminar nuestro análisis:

La *historia* lo lleva a uno hacia afuera, a unir patrones de cambio en universos de interacción cada vez más vastos; la *genealogía* nos conduce hacia adentro, hacia inclinaciones y modas culturales que deberían ser fijadas con tenacidad en las instituciones locales y en la historia del habitus local. (32)

El best seller juega con ambos; su éxito es atribuible tanto a una fuerza interior que lleva a conectar a las personas globalmente, como a un falso impulso de influencia sobre la historia a la que los individuos creen controlar. Una historia de los sentidos (el “goce”, en términos de Epicuro) es, en la visión de Isabel Allende, suficiente para corregir nuestras equivocaciones. Allende describe su proyecto como “un viaje sin rumbo fijo a través de las regiones de la memoria sensual, en la que los límites entre el amor y el apetito son tan difusos que por momentos suelen evaporarse completamente” (11). Ella ofrece un suministro de recetas pero, simultáneamente, plantea ir más allá del manual, de apelar a los instintos que a todos nos unen y de sobrepasar los caprichos de leyes distantes. Una manera de concebir una comunidad alternativa basada en los sentimientos y en un saber compartido.

Al respecto, se podría postular que el best seller estratifica diferencias, pero borra también contradicciones. Así, el deseo de consumo provoca un traspaso de las fronteras comunitarias haciendo que establezcamos vínculos entre los mismos sujetos deseantes; nos hace despertar como lectores dentro de una red global. Debido a ello, estamos unidos en un espectáculo de diferencias y, por medio de la nostalgia y el melodrama, permanecemos contiguos. En este punto, asistimos a una versión aceptable de la historia. Escritoras como Laura Esquivel, Ángeles Mastretta, Isabel Allende y María Esther de Miguel son un ejemplo de este tipo de práctica, ordenando acontecimientos históricos a través de los cuerpos de las mujeres a fin de vincular la perspectiva política al universo íntimo. De este modo, la femineidad ocupa un rol central en establecer puentes entre las disyunciones locales y globales, reconfigurando mensajes en una promesa novedosa de unificación.

Este es precisamente el caso de la primera novela de Marcela Serrano, *Nosotras que nos queremos tanto* (1991), donde las mujeres de diferentes posiciones sociales reflexionan sobre su memoria compartida respecto a la militancia política de los ‘70.⁸ El mismo tema es tratado, pero con un tono más sobrio, por una obra de Ariel Dorfman de esa misma época, en donde el consenso se produce, nuevamente, alrededor del tema del deterioro. El amplio éxito internacional de Dorfman gracias a su obra de teatro *La muerte y la doncella*, enlaza las elecciones éticas a través del conflicto y la representación corporal de las mujeres. En

⁷ Susan Frenk insiste sobre esta idea de dominio o recuperación de fuerzas, aunque por causas diferentes a las que planteo en mi trabajo (“The Wandering Text”).

⁸ Otra novela más reciente de Serrano, *El albergue de las mujeres tristes* (1997), toma la fórmula del *best seller* en una dirección distinta, para ayudar al lector a identificar un tejido común y un fácil sentido de permanencia en “los saberes femeninos”.

este texto dramático (aquí me centro en el análisis de la escritura de Dorfman pero el mismo podría ser perfectamente aplicado a la película), se sitúa a la mujer en el realismo de lo irracional, identificándola con las fuerzas de la naturaleza. Los abusos físicos sufridos previamente despiertan nuestra compasión al mismo tiempo que sus revelaciones incitan nuestra sospecha. Aunque Paulina no es un cadáver como sucede con Evita, su presencia en el relato, sugiere, de todos modos, preguntas similares: ¿puede el cuerpo femenino conducir a una verdad objetiva particular o, por el contrario, llevar a la multiplicidad de lecturas sobre lo “real”? ¿Cómo se puede acceder a historias que se encuentran encubiertas por el trastocamiento e ininteligibilidad de las voces y las legalidades? Si bien su tono confesional nos arrastra, también afecta nuestra base común de entendimiento sobre la historia. De este modo, nuestras ansiedades se vinculan en la fe sobre una revelación general. Dorfman nos conduce, pues, a través del cuerpo femenino, a considerar la inconsistencia de la representación y el difícil reino del consenso.

Al respecto, Paulina plantea: “Compromiso, acuerdo, negociación. Todo en este país es hecho por consenso” (Dorfman 39). El texto señala la tensión entre la ley y los derechos individuales, entre los significados universales y los locales, entre la culpa y la absolución; en este proceso nuestro juicio se interrumpe. Así, al suspender las disputas capturamos un instante fugaz de angustia colectiva, retrayéndonos hacia un espacio de acuerdos tácitos en donde se desaprueba toda incriminación al otro. En el best seller, este momento se salva a través de la presencia de una femineidad global. Los cuerpos de mujeres nos permiten ver las relaciones que amplían gamas de diferencias; ellos hacen posible que los periodos contrapuestos de la historia se reconcilien a través de la dramatización de lo desconocido. Esa formulación de lo corpóreo femenino nos muestra que la diferencia puede mantenerse —aunque como un dilema irresuelto—, sin prolongar la contienda, subrayando, además, el carácter inadecuado del diálogo y el debate actual. De este modo, el consenso entre lectores se lleva adelante no sólo a través de un trabajo interno del texto, sino por medio de las imágenes femeninas que al principio nos dejan en un estado crítico de desasosiego, y luego liquidan la disputa por medio de la resignación.

La escritura del best seller se sostiene sobre una paradoja: por una lado, provee una exitosa inserción en el mercado global; por el otro, sus estrategias a menudo desafían las tácticas que aseguran el triunfo neoliberal. Además, apunta a la totalidad de las demandas, señala la necesidad de la presencia de los cuerpos femeninos en estos espacios de inquietud, y, finalmente, utiliza, como un *trompe l’oeil*, las herramientas de análisis que pertenecen a la lógica neoliberal a fin de producir estrategias de resistencia individual. En otras palabras, cronómetros, pesas y varas —los dispositivos de medición del éxito— son traídos dentro de gran parte de la ficción contemporánea para mostrar la envergadura de la invención personal e, incluso, la subversión del mercado. Así, Laura Esquivel en *Como agua para chocolate*, otro libro de recetas híbrido esta vez incrustado dentro de la novela, evoca una serie de metáforas construidas en forma hiperbólica. La heroína, por ejemplo, nace a partir de la cantidad de lágrimas vertidas, cuya sal llena un saco de diez libras. Más tarde, prepara una torta con diecisiete huevos y teje un cubrecama que puede extenderse a lo largo de un kilómetro. Estas exageraciones son algo más que un simple intento de realismo mágico; ellas burlan una economía que fomenta el valor cuantitativo y no la calidad de la forma.

Además, alertan sobre las fallas de una sociedad que intenta codificar los valores familiares o el amor a través de parámetros fijos o por medio de la ley.

¿UN CONCLUSIÓN SOSEGADA?

La novela sobre la marginalidad latinoamericana ofrece al consumidor un espacio para intereses privados que son una forma de protesta contra el mercado capitalista. Aunque si bien recurre a mitos premodernos para garantizar la permanencia de valores arcaicos, también crea la ilusión de una pequeña sociedad civil dentro de la esfera trasnacional.⁹ De este modo, ofrece la posibilidad de una autoridad reterritorializada, un modo de traer la experiencia de sentimientos compartidos a un nuevo conjunto de lectores. Es posible, por supuesto, que algunos puedan sostener que la cultura de masas pone en duda la propiedad de nuestros propios deseos; pero la otra cara de este modelo, la literatura de masas de la especie que he descrito, también permite articular nuestros deseos en relación a algún otro distante. Paradójicamente, el best seller exhibe estas diferentes posiciones dentro de un texto particular, consolidando la memoria y *conteniendo* sentimientos disruptivos que deberían apartarse de la ley, subsumiendo un sentido de opresión jerárquica con el objeto de avalar la libertad individual. Pero también permite procesar múltiples series de enlaces verbales y corporales, rearticulando una comunidad virtual de lectores y permitiéndonos pasar de lo individual a lo subjetivo colectivo, a menudo alrededor del significante *género*. Así, aunque el best seller mantiene la ilusión de que por medio de nuestra fuerza individual es factible convertirnos en otro sujeto diferente, también nos permite la posibilidad de participar de una alianza posnacional.

De este modo, el debate sobre los best sellers nos conduce por un camino que se bifurca: por un lado, podemos subrayar su mensaje formulaico, viendo en su apelación masiva a la fantasía pluralista un eco de la cultura mercantil que permite a los individuos privilegiados justificar su posición social.¹⁰ Dentro de la misma lógica crítica, podemos también compartir la objeciones sostenidas por la vanguardia, respecto del mal absoluto del mercado y sus efectos devastadores sobre el arte. Al respecto, el best seller es considerado por su carencia de un lenguaje disruptivo y de una escritura experimental que repercuta en su forma, proveyendo, en cambio, una lógica de banalización total que ignora las prácticas audaces de la literatura (sobre este punto ver los recientes trabajos de Beatriz Sarlo y Nelly Richard). Sin embargo, si la industria cultural ofrece la posibilidad de la disonancia y el cambio, está claro que, al igual que la vanguardia, nuestras voces y deseos han sido ya cooptados. La cultura global del fin de siglo se apropia del lenguaje de estos deseos, dejando al movimiento contracultural sin ninguna demanda. Así, el mundo corporativo absorbe los

⁹ Los efectos liberadores de la cultura de masas como un medio de crear una versión en miniatura de la sociedad civil han sido articulados, con énfasis diferente al mío, por George Yudice (1993). Sobre los peligros de la ilusión, ver la crítica de Yudice (1994) a Jameson.

¹⁰ En relación a los privilegios del lector bajo la era del capitalismo tardío, Jameson postula “tus privilegios te separan del resto de la gente, pero por eso mismo constituyen una pared protectora a través de la cual no puedes ver, y más allá de la cual, por lo tanto, pueden imaginarse toda clase de rivalidades en proceso de congregarse, de conspirar y prepararse para dar el asalto” (*Postmodernism* 289). Sobre el *best seller*, véase también: “From Romance to Refractory Aesthetic” de Jean Franco.

fenómenos contraculturales y se apropia de su lenguaje de solidaridad y de sus proyectos para el cambio. De este modo, nos encontramos carentes de expresión, viviendo en una dimensión en donde se ha aplanado todo debate y perspectiva profunda. Hemos perdido, entonces, el repertorio de imágenes que había caracterizado las formas alternativas de representación. Si aceptamos el resultado de este segundo aspecto del fenómeno, y lamentamos las voces que nos han sido robadas, también renunciamos a los cuerpos materializados en el texto best seller, evitando, así, las pujas representacionales utilizadas por la cultura de masas para describirlos. A pesar de esta posición contracultural, falta aún dar cuenta, en alguna forma plausible, de aquellos impulsos libidinales que el best seller suscita. Y, aquí, voy a concluir con una intervención final y, tal vez, agresiva. Gran parte del debate sobre el fenómeno best seller confunde producción con distribución de textos, pero también alude a nuestra propia ambivalencia en relación a nuestra circulación en tanto críticos. En este sentido, la polémica en torno al best seller deviene en la escena para la representación de nuestra propia exclusión de los privilegios, es decir, nuestra marginalidad académica en relación al mercado. Esto nos recuerda nuestra exclusión de los derechos. Tal situación, paradójicamente, revela nuestra propia susceptibilidad por la atracción del mercado y el modo en que volvemos a fetichizar nuestra diferencia intelectual en detrimento de los otros.

En la Marcha por el orgullo Gay realizada en junio en San Francisco, los participantes declararon: “Somos una comunidad, no un mercado”, objetando la comercialización de imágenes gays en detrimento de una alianza política. ¿Acaso la alternativa es permanecer en casa, retraerse de las calles, apartarse de la convocatoria artística que satisface los anhelos generales? ¿O desechar las figuras de los cuerpos que despiertan los intereses de las masas? La respuesta, parece, puede ser encontrada en una práctica de lectura que va *a través y más allá* del mercado, que abastece un análisis que no se detiene meramente ante las puertas del éxito comercial y la fanfarria colectiva, que sobrepasa nuestras fantasías mojigatas de una existencia estética fuera del consumo. Así como el best seller plantea cuestiones de ética y perdurabilidad, el milagro cultural de este *fin de siglo* bien puede consistir, en que nosotros, como defensores de la vanguardia permanezcamos cada vez más alejados y distantes respecto de las tendencias generales de nuestro tiempo. La solución puede ser encontrada no en un repliegue en el *entrelugar* o el *fragmento*, sino en un retorno a la participación directa en espacios más amplios de acción. A partir de aquí podríamos trabajar no simplemente desde las hendiduras y las fisuras del discurso, sino indagar en las relaciones entre las figuras completas y, sin embargo, complementarias que alinean a estos mundos opuestos.

Traducido por Isabel Quintana

BIBLIOGRAFÍA

- Allende, Isabel. *Aphrodite*. Margaret Sayers Peden, trad. Nueva York: Harper Collins, 1998.
- Appadurai, Arjun. "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy". *Public Culture* 2/2 (Spring 1990): 1-11, 15-24.
- _____. "Consumption, Duration, History". *Streams of Cultural Capital*. David Palumbo-Liu y Hans Ulrich Gumbrecht, eds. Stanford: Stanford University Press, 1997. 23-45.
- Balibar, Etienne y Immanuel Wallerstein. *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. Londres-Nueva York: Verso, 1991.
- Blaisten, Isidoro. "Hablan los que saben". *La Nación* (Buenos Aires, 14 de junio de 2000).
- Butler, Judith. "Merely Cultural". *Social Text* 52-53 (Fall/ Winter 1997): 265-77.
- Donoso, José. *Historia personal del boom*. Barcelona: Anagrama, 1972.
- Dorfman, Ariel. *Death and the Maiden*. Nueva York: Penguin, 1991.
- Eloy Martínez, Tomás. *Santa Evita*. Buenos Aires: Planeta, 1995.
- Esquivel, Laura. *Como agua para chocolate*. México: Planeta, 1990.
- Franco, Jean. "Narrador, Autor, super-estrella: La narrativa latinoamericana en la época de cultura de masas". *Revista Iberoamericana* 114-115 (1981): 129-48.
- _____. "From Romance to Refractory Aesthetic". *Latin American Women's Writing: Feminist Readings in Theory and Crisis*. Anny Brooksbank Jones y Catherine Davis, eds. Londres: Clarendon y Oxford, 1996. 226-37.
- Frenk, Susan. "The Wandering Text: Situating the Novels of Isabel Allende". *Latin American Women's Writing: Feminist Readings in Theory and Crisis*. Anny Brooksbank Jones y Catherine Davis, eds. Londres: Clarendon y Oxford, 1996. 66-84.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991.
- _____. "Globalization as Philosophical Issue". *The Cultures of Globalization*. Fredric Jameson y Masao Miyoshi, eds. Durham: Duke University Press, 1998. 54-77.
- Mata Gil, Milagros. *El pregón mercadero*. Caracas: Monte Ávila, 1994.
- Meyer, Marcos. "La crisis del libro periodístico". *Clarín* (Buenos Aires, 23 de agosto de 1998).
- Michelotti-Cristóbal, Graciela. "Eva Perón: Mujer, personaje, mito". *Confluencia* 13/2 (1998): 135-44.
- Palumbo-Liu, David y Hans Ulrich Gumbrecht (eds.). *Streams of Cultural Capital*. Stanford: Stanford University Press, 1997.
- Rama, Ángel. "El 'boom' en perspectiva". *Más allá del boom: literatura y mercado*. Ángel Rama, ed. Buenos Aires: Folios, 1984. 51-110.
- Rincón, Carlos. "Streams out of Control: The Latin American Plot". *Streams of Cultural Capital*. David Palumbo-Liu y Hans Ulrich Gumbrecht, eds. Stanford: Stanford University Press, 1997. 179-98.
- Rosa, Nicolás. "La lección de anatomía". *Gandhi* 2 (November 1997): 5.
- Sarlo, Beatriz. "La persuasión del mercado". *La Nación* (Buenos Aires, 14 de junio de 2000).
- Serrano, Marcela. *El albergue de las mujeres tristes*. Buenos Aires: Alfaguara, 1997.

- _____. *Nosotras que nos queremos tanto*. Santiago de Chile: Ed. Los Andes, 1991.
- Vidal, Hernán. *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis*. Buenos Aires: Hispamérica, 1976.
- Viñas, David. "Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana". *Más allá del boom: literatura y mercado*. Ángel Rama, ed. Buenos Aires: Folios, 1984. 13-50.
- Yúdice, George. "Estudios culturales y sociedad civil". *Revista de crítica cultural* 8 (1994): 44-53.
- _____. "Civil Society, Consumption, and Governability in an Age of Global Restructuring". *Social Text* 45 (1993): 1-25.